

# Corín Tellado

LOS PROBLEMAS DE EDURNE



La cosa va de que ha muerto en accidente mi socio y su mujer. Quedan tres hijos y solo la mayor parece que terminó este año la carrera, pero según tengo entendido es demasiado joven. Una niña listilla, memoriona o lo que sea, que hizo la carrera de químicas volando. Pero eso no significa nada. Yo nunca me llevé muy bien con mi socio. Tenía gustos distintos a mí y se pasaba la vida por San Antonio, Austin o Tulsa volando en bólidos y de vez en cuando recordaba que poseía una sociedad, unos laboratorios...

## Índice de contenido

Cubierta

Los problemas de Eburne

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Sobre la autora

*Lo que hace que la ingenuidad sea tan agradable, es que no puede durar mucho.*

A. F. RONDELET

## CAPÍTULO PRIMERO

**M**ike Santierel oía la conversación sin prestar una atención absoluta. Evidentemente, alguna que otra palabra llegaba hasta él si bien no le daba un sentido coordinado, ya que las cosas de su padre le atraían solo relativamente.

Además, había regresado dos días antes de su precioso periplo por España y maldito lo que se había enterado aún de lo que pasaba por Dallas. Había estado en Marbella, había vivido en Puerto Banús y había tomado el sol en preciosos yates de sus amigos españoles, así estaba él de moreno, bruñido y añorante.

Porque estaba añorante. Hubiera dado algo por haber podido continuar en la tierra del sol, de la alegría, de las mujeres bellas, del riquísimo caldo dorado de sus vinos increíbles.

Por tanto, todo lo que su madre hablara con su madre de negocios poco o nada le interesaba. Sabía que los Gozan habían muerto en un accidente de carretera y que Octavio Gozan, español como su padre, pero radicado en Dallas desde casi críos los dos, era socio en sus laboratorios Santiago, pero maldito si sabía nada más.

A él, los negocios le tenían sin cuidado aún, claro, porque un día tendría que dedicarse a ellos, para eso había estudiado químicas y como premio de su no muy brillante carrera, había sido obsequiado con aquel viaje a las tierras de sus padres, porque él, la verdad, era americano, pero su

nombre y su apellido indicaban, como si dijéramos, todo lo contrario.

Era la segunda vez que viajaba a España y pensaba ciertamente que no sería la última. La anterior había tenido lugar aún como estudiante y conoció a gente que en la facultad le pasó inadvertida. Pero que resultaron unos compañeros fenomenales, tanto chicos como chicas. Gentes a las cuales, de regreso a Dallas, vio y conservó su amistad, si bien no intimó demasiado.

Él era un tipo despreocupado, flemático, le gustaba la buena vida, todo cuanto proporcionara el dinero y como hijo único disponía del que quería, por tanto procuraba siempre vivir a su aire y marginar los asuntos de su padre, sabiendo, porque eso bien sabido estaba, que un día no tendría más remedio que integrarse en los negocios del laboratorio e incluso trabajar como químico, pero de momento prefería vivir al margen de todo.

En aquel instante se hallaba en el jardín, bajo un sol consolador, amortiguados sus rayos por las ramas de los árboles entre cuyos dos troncos ataba la especie de red en la cual se hundía. No lejos de él, junto a la piscina, sobre el verde y cuidado césped, en cómodos sillones blancos de mimbre o un material que lo imitaba, sus padres tenían una sabrosa conversación, y si bien su padre se dirigía a él de vez en cuando, Mike seguía sin enterarse demasiado de lo que su padre se proponía. No obstante en un momento dado, algo le chocó, porque decidió prestar atención a la conversación que sostenían en voz no demasiado alta, aunque sí, lo suficiente para que el adormilado la oyese.

\* \* \*

—Las cosas vienen así de rodadas y uno no es nadie para desviarlas, Lauren —decía su padre—. Yo no tengo intención de aprovecharme de la situación, pero tampoco creo

normal que lleve todo el peso del negocio, lo que indicaría que trabajaba para otros y no soy de esa, digamos misantropía, o si lo prefieres mejor, no me considero un samaritano.

—De todos modos —añadía la madre con cautela— tendrás que hacerlo legalmente. Tal vez los chicos prefieran que liquides a ellos como herederos que son de su padre. Tus abogados harán las cosas con delicadeza, pero también con dedicación y dentro de la ley más absoluta.

—Hay que reconocer —apuntaba Miguel Santierel— que fue una desgracia horrible. Pero tampoco me pilló mucho de sorpresa. Yo siempre se lo estaba advirtiendo a Octavio y a Sonia. Octavio corría mucho, le gustaba como nada en el mundo apretar el acelerador. Recuerda hace seis años cuando le dio por conducir autos de carrera y se nos fue a Austin durante dos semanas y me dejó a mí con todo el tinglado. Realmente quien siempre llevó el peso del negocio de los laboratorios fui yo, de modo que no creo cometer una inmoralidad si ahora que él se ha muerto, liquido a sus hijos.

—Dado sus aficiones y viviendo lejos de nosotros, te puedo decir que no conozco a los chicos. De modo que quizás piensen como su padre y sean tan despreocupados como su madre, lo que te ayudará a ti a realizar tus fines sin demasiados problemas.

—Son tres. La mayor terminó este año químicas, lo cual nos puede poner en un aprieto. Pero sobre el particular hablé con mis abogados y ellos aseguran que los chicos están tan afectados, que no dudarán en firmar todos los documentos que se le presenten sin saber lo que firman.

Fugazmente, Mike pensó que sin duda su padre obrando así un día llegaría al altar y quizás a su muerte le canonizarían.

Curioso continuó fumando, dormitando y oyendo. Él ignoraba que su madre fuera también camino de santa, pero

por lo visto se había contagiado con su padre. Y se preguntó también quiénes serían las tres víctimas.

Sin duda los herederos del muerto en accidente que habían enterrado junto con su mujer una semana antes, es decir, tres días antes de llegar él. A decir verdad se enteró de la desgracia a su llegada, pero no le dio demasiada importancia ya que desconocía al socio de su padre, porque él vivió su vida y nunca tuvo deseo alguno de meterse en la ratonera donde en su día tendría que sudar.

Tiempo le quedaría cuando se viera obligado a ello. Tal vez por huir de aquella rutina, había llevado los estudios con una calma tremenda, pues a los veintiséis años que contaba a la sazón, y debiendo terminar la carrera cinco años antes por lo menos, le había dado remate aquel mismo año, justo un mes antes de tomar el avión y plantarse en España.

Tampoco había regresado debido al accidente del cual en España no se enteró. Regresó porque después de tres meses, era lógico que se acordara que debía responsabilizarse de algo y no tuvo más remedio que aceptar la cuestión.

—Oye, Mike —ahora el padre se dirigía a él lo que le obligaba a dejar de pensar— tendrás que ocuparte conmigo de arreglar todo esto que estamos tramando.

Mike decidió girar un poco en la red en la cual se hundía, porque esta osciló y él quedó ladeado de cara a los autores de sus días.

—Si no me explicas más... Estoy oyéndoos y no sé de qué va la cosa.

—La cosa va de que ha muerto en accidente mi socio y su mujer. Quedan tres hijos y solo la mayor parece que terminó este año la carrera, pero según tengo entendido es demasiado joven. Una niña listilla, memoriona o lo que sea, que hizo la carrera de químicas volando. Pero eso no significa nada. Yo nunca me llevé muy bien con mi socio. Tenía gustos distintos a mí y se pasaba la vida por San Antonio,



Austin o Tulsa volando en bólidos y de vez en cuando recordaba que poseía una sociedad, unos laboratorios...

—Los cuales según quise entender, te los piensas apropiar.

—No será demasiado difícil, Mike. ¡Qué saben tres jóvenes de negocios! Se les da a cambio de la cesión una cantidad respetable que precisamente tengo en liquidez, y que vivan de otra cosa.

## II

**M**ike decidió tirarse de la red. Quedó en el pie en el césped y despacio se fue a sentar en un sillón enfrente de sus padres.

Sobre la mesa ante la cual se hallaban los tres, había un jarrón de refresco y una bandeja con vasos.

Mike sintió calor y decidió tomarse un refresco, así que se sirvió y después encendió un cigarrillo.

De súbito sentía que necesitaba enterarse bien del asunto.

Era un tipo bastante alto, musculoso, de aspecto deportivo, muy moreno de piel, cabellos castaños y ojos grisáceos de expresión más bien cauta o algo enigmática. Vestía pantalones de vaquero ajustados, botas tejanas y una camisa blanca de manga corta y muy despechugada, por la cual se apreciaba su pecho moreno, con poco vello.

—Veamos que yo entienda —adujo—. No sé por dónde vas ni lo que pretendes.

—Es que tú —apostilló la madre— siempre andas por las nubes. Con vivir siempre has tenido bastante y nunca te has enterado de los negocios de tu padre. Apuesto que ni siquiera sabes de dónde proceden.

—No demasiado, mamá. Me habéis educado para disfrutar y he obedecido.

—Pero ahora eres químico y tendrás que ocuparte de los laboratorios. Tenemos tres y los tres disfrutan de buena salud.

—Y por lo que observo el muerto era el socio de los tres ¿no es así?

—Claro, pero todo lo he llevado yo. Él era el clásico anojadizo que se pasaba la vida volando bolidos, así murió estrellado en uno y lo peor es que Sonia se murió con él.

—Sonia era la esposa, por lo que veo.

—Desde luego.

—Y parece ser que deja tres herederos.

—Ni más ni menos. Pero tres herederos que oscilan entre los veintiún años que tiene la mayor y diecisiete el pequeño.

—¿Y el del medio?

—Mike —apostilló de nuevo la madre—, parece que tomas a broma algo tan serio.

—No, si es que lo digo porque como habéis mencionado a tres, os falta uno...

—Ese es Tony y cuenta dieciocho años.

—Serán chicos ricos que les importa un rábano tener más o menos dinero, porque el que posee bastante, nunca toma en cuenta que sea más o menos.

—Es posible —adujo el padre cauteloso— que no dispongan de mucho. Aquí se hacían grandes inversiones. Me refiero a los laboratorios. Siempre se están renovando, así que por eso son tan prósperos. Pero yo no pienso dejarlos en la calle. Les daré una cantidad para que salven la situación.

—¿Quién de los dos es el mayor capitalista, papá? —preguntó Mike con tremenda curiosidad.

Y es que no entendía bien que de repente su padre, de un estupendo señor, se convirtiera en un ratero inmoral. Pero les dejó hablar para saber con exactitud qué cosa es la que pensaban hacer con ayuda de los «morales» letrados.

—Los negocios —aducía el padre evasivo— son los negocios. Uno puede ser muy humano y muy caritativo, pero nunca debe ser tonto y a mí si algo me saca de quicio es trabajar para los demás.

—Y no lo harás —reconvino la esposa—. Lo tienes todo muy preparado y los abogados harán lo demás. Los chicos nunca se enteran de cómo llevan las cosas sus padres y Octavio no era ningún negociante. Él entendía mucho de coches de carreras, bastante de química, pero se pasaba la vida por las carreteras y el que trabajaba de firme eras tú.

Mike ni siquiera miró a su madre. Continuaba con sus pardos ojos fijos en la cara algo crispada de su padre.

—Dime, papá, no has contestado concretamente.

—Mike, tú tienes que aprender mucho. Pienso que ni siquiera conocías a mi socio.

—Poco —adujo Mike sin desviar su mente—. O nada. Le vi dos o tres veces. ¿Cómo has dicho que se llamaba? ¿Octavio qué?

—Gozán. Por eso los laboratorios se llaman Santiago.

—Por la antelación de tu apellido supongo que Gozan tendría poco o nada en esos laboratorios.

Notó que el padre enrojecía.

—Iré a buscar un *whisky* —dijo nervioso levantándose—. ¿Te traigo otro, Mike?

—Me conformo con el refresco. No suelo beber a estas horas.

El padre se alejó dentro de su traje blanco de hilo...

\* \* \*

Mike decidió fumar, no sin antes mostrarle a su madre la cajetilla, de la cual la dama tomó uno, ante el cual puso Mike la llama de su mechero.

—Los padres de tu padre y Octavio eran amigos. Poseían un pequeño laboratorio y al crecer los hijos, químicos también, se introdujeron en el negocio.

—Lo cual indica que esos laboratorios son tan antiguos como esos dos españoles que arribaron en Dallas sabe Dios cuando.

—En parte. Tu padre te lo explicará ahora. Va siendo el momento de que te pongas al tanto de todo. Supongo que no pensarás pasarte la vida como hasta ahora. Viajando y teniendo planes amorosos.

La llegada con el *whisky* del padre evitó que él respondiera.

—Bueno —decía el padre sosegadamente, como si el ir y regresar a la casa le diera ideas más claras— hay que ponerse en la realidad. Y la realidad es muy diáfana. Hemos estado con los huérfanos todos estos días y ya hemos tocado el asunto. Intenté averiguar si ellos sabían algo de negocios o la forma en que estaba formada la sociedad. No saben nada de nada. Tampoco me asombró demasiado porque Octavio era un tipo muy despreocupado.

—Mamá dice que los dos heredasteis los laboratorios de vuestros respectivos padres.

Miguel Santierel sacudió la cabeza.

—Mike, para que te des cuenta del alcance de la operación tendré que empezar desde el principio. Profundizar en sus orígenes y solo de ese modo tendré tu colaboración. Hasta ahora has vivido a tu manera y yo te dejé vivir, pero en adelante hay que responsabilizarse y la primera responsabilidad es colaborar en este asunto.

—Pues dame detalles.

—Mi padre y el de Octavio vinieron a Dallas, procedentes de Francia, cuando la guerra civil española. Eran exiliados y nosotros ya habíamos nacido, con nuestros buenos quince años...

Hizo una pausa y Mike la interrumpió para comentar expeliendo a la vez una gran bocanada de humo.

—De eso he oído hablar alguna vez.

—Bueno, pues no me extiende en detalles. De como pudieron salir del campo de concentración francés, nunca supe, pero sí que se instalaron aquí y se casaron con españolas residentes en esta ciudad. La esposa de Octavio era rica, la de mi padre no. El caso es que entre los dos, el rico

y el pobre, pero muy amigos, montaron los pequeños laboratorios dado que ambos eran químicos. Lógicamente nosotros seguimos la tradición y un día nos hicimos cargo del negocio. Los viejos fallecieron con dos o tres años de diferencia.

Otra pausa.

Mike aprovechó para decir como al descuido.

—El rico seguía siendo Octavio.

—Sí, se llamaba como su padre. Así que cuando nos dedicamos al negocio de lleno ya sin los padres, Octavio puso el dinero y yo fui al cuarenta por ciento como industrial.

—Lo cual indica que el dinero es de los herederos huérfanos.

—Pero el que trabajó fui yo.

—Con el dinero de Octavio, que por lo que observo, gastó toda su fortuna de su mujer en extender el negocio.

—Pero yo fui quien bregó con ello. Octavio equivocó la carrera. Debió ser piloto de carreras.

—Tienes que darte cuenta, Mike —intervino la madre—. Es hora de que las cosas se pongan en claro. La persona que tiene la documentación de toda la sociedad es tu padre porque están en la caja fuerte de uno de los laboratorios. Los chicos son muy jóvenes, no tienen experiencia y firmarán lo que se les ponga delante. Si la mayor es química, le ofrecemos trabajo aquí y el asunto queda en su lugar.

Mike se sirvió otro refresco.

Pensaba que si había terminado la carrera aquel año, tendría que conocerla. Claro que conocía a demasiada gente y no tenía idea de quién se apellidaba Gozan.

Por otra parte él no tenía una idea muy exacta de los negocios y no pensaba meterse de lleno en ellos.

Era químico, pero no industrial. Tal vez su padre tuviera toda la razón del mundo.

Bebió un trago y lanzó una mirada ensoñadora en torno. Le gustaba vivir bien, poseer aquel palacete, la casa apaisa-

da, los jardines y la piscina y pertenecer a los mejores clubs de la ciudad.